

CAPÍTULO TULO

2

EVALUAR PARA APRENDER NO PARA CALIFICAR

Cada vez que varios maestros conversan hay una pregunta recurrente ¿Cómo evaluar realmente si los estudiantes están aprendiendo lo que deben aprender? Esta pregunta refleja al menos dos cosas: la primera es que los maestros efectivamente están interesados en que los chicos aprendan, consideran que esto es clave en su ejercicio y se preocupan por esto.

Esto no es gratuito porque cada vez se escucha hablar más de la educación centrada en el aprendizaje, como si esto no hubiese sido una preocupación constante de los maestros. Lo que sucede es que la profesión del maestro debe considerar, para que todos aprendamos en el aula, una serie de procesos intencionados para que los saberes sean apropiados.

La segunda es que la evaluación no solo no es una tarea sencilla, sino que en muchos casos no sabemos cómo pasar de un examen para poner una calificación a una evaluación que nos ayude a comprender el proceso formativo de cada estudiante. En este sentido, hay una primera idea clave que queremos poner sobre la mesa: la evaluación articula procesos personales, sociales y educativos. Es decir, es un **proceso subjetivo, una elección para ponderar, seleccionar, y establecer esenciales en la vida.**

Pensemos en algunos ejemplos de lo anterior. Cuando un maestro decide seleccionar un ejercicio para hacer un examen, no solo está escogiendo una actividad para conocer si su estudiante es capaz o no de responder un problema. Está seleccionando un tipo específico de actividad, que suele resolverse utilizando una manera específica de pensamiento, un método puntual que suele parecerse a los intereses de los estudiantes y un modelo de pensamiento que el maestro da por adecuado.

Otra cosa, aún más subjetiva, tiene que ver con la calificación que le damos a cada solución. Cada maestro puede seleccionar a qué le da más importancia, incluso es común que algunos maestros valoren el "orden" en el que se resuelven los problemas, la capacidad de responder más rápidamente o dar mayor o menor peso al componente de análisis frente al componente operativo.

Si nos vamos a otras áreas, como el lenguaje o las artes, la evaluación suele situarse más en el proceso que en el resultado en sí mismo. Esto implica nuevamente miradas subjetivas y diferentes que “califican” los productos y procesos de los estudiantes de diversas maneras.

Lo realmente importante que queremos dejar claro es que, aunque hagamos exámenes con altos niveles de estandarización, al ser la educación una práctica humanizante, la evaluación no deja de ser un proceso subjetivo y parcializado. En este sentido, debemos resignificar su uso para valorar si alguien ha aprendido o no, sino para identificar cómo mejorar el aprendizaje de ciertos saberes que hemos decidido priorizar.

Antes decíamos que en las comunidades de aprendizaje todos son expertos en uno u otro tema. De manera análoga, en un aula todos aprendemos, desde luego no aprendemos lo mismo ni en los mismos tiempos. Por esta razón, más que una estrategia para castigar, la evaluación debe entenderse como un dispositivo para identificar cómo lograr que todos aprendamos algunos asuntos que socialmente consideramos significativos.

Un camino posible para ello es pensar la evaluación a lo largo del proceso educativo, no sólo como un paso al final del ciclo. Que esta sea permanente implica tres elementos: que todo el tiempo se contemplan espacios que ayuden a los estudiantes a hacer un despliegue de sus aprendizajes; que tengamos instrumentos apropiados para recolectar y organizar la información que se genera en la cotidianidad educativa; y por último, un sistema que permita la participación de los estudiantes, que estos estén enterados del desarrollo de su proceso de aprendizaje y que puedan participar en la valoración o ponderación del aprendizaje con sus compañeros.



Entendemos la evaluación como un espacio de formación que implica el desarrollo de actividades sistemáticas y continuas para recolectar, organizar y proporcionar la información necesaria sobre el proceso educativo; reorganizar los objetivos; revisar la planeación y ajustar métodos y recursos; y orientar y realimentar a los estudiantes sobre el proceso.

A los procesos de evaluación como los que describimos anteriormente, los llamamos evaluaciones formativas. Este tipo de práctica busca

- Mantener participes a los estudiantes de su proceso, informándoles constantemente sobre las prácticas educativas y sus oportunidades de transformación, mejora o fortalecimiento.
- Identificar aspectos que podrían ser mejorados en cuanto a la metodología, la comprensión de ciertas temáticas y a la apropiación de prácticas.
- Reconocer victorias tempranas o puntos intermedios en los objetivos propuestos.
- Considerar ajustes necesarios en el programa establecido en cuanto a métodos, recursos y tiempos.
- Mantener la motivación de los estudiantes

Si bien hay diversas formas de caracterizar la evaluación formativa, queremos compartirte la propuesta de Alexis López en un proceso de investigación con maestros de Bogotá

1. Ser transparente y claro en el proceso de evaluación, lo que implica que los estudiantes conozcan los criterios con los que serán evaluados y los propósitos de la evaluación.
2. Usar evaluaciones válidas y consistentes, es decir, que estén alineadas con los propósitos de la formación y la metodología que se ha desarrollado en clase, así mismo que, éstas estén contextualizadas.
3. Ponderar los desempeños de manera consistente, es decir, que sea comprensible el nivel de desarrollo alcanzado por los estudiantes, algunos autores sugieren listas de chequeo, listas de chequeo con escalas, matrices y rúbricas.
4. Tener presente las características del grupo y los individuos de tal forma que la evaluación no favorezca un único tipo de pensamiento o de actividades.
5. Evaluar continuamente, lo que implica hacer seguimiento a los aprendizajes y procesos al utilizar herramientas que permitan tomar decisiones.
6. Usar criterios diversos para que esto permita hacer mejores lecturas o ponderaciones de los aprendizajes de los estudiantes.
7. Empoderar a los estudiantes y promover espacios de participación para la construcción colegiada de los criterios de evaluación, así como, espacios de autoevaluación y coevaluación. Esto hace de la evaluación un proceso democrático.
8. Realimentar a los estudiantes de manera inmediata, continua y relevante que les permita a los estudiantes conocer dónde están, qué les hace falta y qué tienen que hacer para alcanzar sus metas de aprendizaje.

¿Cuál agregarías?